

EL MARTIR DE LA CANCION

Levantaron la cruz contra el muro.
Me abrieron las cadenas de las manos.
El látigo era un remolino,
y el golpear de las botas un silbido melódico
- “¡A sus órdenes!”-
que decía: “¡Cuidado!”, a los difuntos.
Un ladrido bestial llamó:
“¡Eh, tú!”...
Te dejaré marchar,
si te arrodillas dos veces ante mi tronco,
y me besas la mano, respetuosamente.
Si no,
subirás al madero,
mártir de la canción y de la luz”.

Yo no fui el primero que llevó la corona de espinas,
para decir a la morena: “Llora”
¡Tú, a quien amo tanto como a mi fe!
Cuyo nombre en mi boca, reseca y polvorienta,
tiene un gusto de vino envejecido en jarras.
Yo no fui el primero que llevó la corona de espinas,
para decirle: ”Llora”

Tal vez sea mi cruz una montura,

y en mi frente, grabada
con sangre y con rocío,
corona de laurel sean las espinas.
Tal vez yo sea el último que diga:
“Me apeteció morir”